

Cultura

Para comunicarse con esta sección:
cultura@tiempoargentino.net



ACERCA DE MARSHALL MAYER

El miércoles 25, a las 19:30, la editorial Capital Intelectual presenta el libro *Marshall Meyer, el rabino que le vio la cara al diablo*, de Diego Rosenberg. En Sucre 3338.



EXPOTRASTIENDAS

Del 2 al 6 de septiembre se realizará en La Rural, la 10ª edición de Expotrastiendas. Obras de Fernando Fader, León Ferrari, Milo Locket y otros artistas de distintas generaciones.

Patagonia

El dilatado territorio de los mitos, la literatura y la imaginación

De Dante a los pueblos originarios fueguinos, de Herman Melville y su ballena blanca a Bruce Chatwin, el Sur ha sido siempre el escenario predilecto de creadores con espíritu aventurero, amantes del viento y la inmensidad.



GENTILEZA: LUIS FRONTERA

Luis Frontera
Para Tiempo Argentino

En la Constelación del Cisne una estrella gira tan rápido que no deja escapar la luz: brilla por dentro y es invisible desde afuera. Y en Titán, una luna de Saturno, los volcanes lanzan amoníaco sobre mares de color bermellón.

Pero al sur de la Patagonia hay sitios donde la belleza no es menos prodigiosa y sobre eso dieron testimonio tanto la literatura mundial como los mitos de los pueblos originarios.

Los pitagóricos (matemáticos, artistas, poetas) creían que la Tierra del Fuego era el extremo norte de la Antártida y la llamaban *Antichton*: antitierra. Esa zona, en el medioevo, era calificada como *Terra Australis Incognita* (o "Nieblas"), y los mapas la ilustraban con sirenas y gorgonas.

Esas regiones eran las antípodas del mundo, donde la nieve caía de abajo hacia arriba y los árboles elevaban al cielo sus raíces y hundían sus copas en la tierra.

Exactamente en esa zona,

Dante Alighieri (Canto XXVI del *Infierno* hace morir carbonizado a Ulises en el Antártico (anti-Ártico), y en una cumbre glacial a la que sólo puede imaginarse como de hielo en llamaradas.

Pero en el mismo sitio, entre la Tierra del Fuego y la Antártida, en el Canal de Beagle (antes *Onachaga*: Canal de los Onas), los antiguos fueguinos creían que empezaba el mundo y no que terminaba. Porque desde ahí, en las horas soleadas, podían ver "la raíz del Universo", o sea, la Isla de los Estados.

Para llegar al origen del mundo (según los pueblos haush y

Surcando estos mares, Herman Melville persiguió a la ballena blanca y se llenó los ojos con el albatros. Fue aquí donde Charles Darwin, nació a la ciencia.

selk'nam), era necesario cruzar el tempestuoso estrecho de Le Maire, donde chocan el Pacífico y el Atlántico. Estos fueguinos (no menos creativos que Dante) aseguraban que allí había ocurrido una siniestra pelea entre

dos grandes chamanes, Kox (el mar) y Shénu (el viento).

A la antropóloga Anne Chapman, recientemente fallecida, los últimos nativos le contaron que el viento ganó la lucha, pero que el enfrentamiento continúa y que, por eso, en el estrecho de Le Maire, imperan los naufragios (efectivamente, en esas aguas el viento y las olas van en dirección opuesta).

La tradición de los antiguos asegura además que, en el pasado más lejano, había nacido entre ellos la nativa más hermosa, llamada Jáius. Pero, como nada es perfecto, la muchacha era terca y soltera. Y pasó lo previsible: tan bella y tan distante, terminó por convertirse en la misteriosa Isla de los Estados.

Al visitarla en 2000, luego de trepar durante horas en el apostadero naval de Puerto Parry, pu-

de ver a Jáius, en toda su belleza y en todo su aislamiento, entre canelos florecidos, helechos, guindos (árbol medicinal para la cura del escorbuto), calafates de color violeta y frutillas salvajes (*rubus geoides*). Caía un interminable chorro de agua sobre un inmenso lago azul, que aún no tenía nombre y que brillaba, en la cumbre, a 800 metros de altura. Y allá abajo, entre las montañas de piedra, se abría una piscina natural, con agua transparente, en cuyo fondo podía verse cómo caminaban las centollas.

La Isla de los Estados es la única que no reclama ningún otro país y pertenece indiscutidamente a la Argentina. Pero, sin embargo, la hermosa Jáius sigue sola, casi olvidada, sin convocar el amor y la presencia de los argentinos.

LITERATURAS. Surcando estos mares, Herman Melville persiguió a la ballena blanca y se llenó los ojos con el albatros (ave del fin del mundo).

Fue aquí donde Charles Darwin, a los 22 años, nació a la ciencia y luego, al recordarlo

ya anciano, escribió: "Al evocar mi pasado veo la Patagonia... Y al igual que otros pienso en por qué, esos áridos desiertos, echaron tan profundas raíces en la memoria."

Hasta la misma palabra Patagonia se hunde en el origen de la literatura. Porque hemos aceptado que el término lo usó, por primera vez, la tripulación de Hernando de Magallanes (1520) al descubrir las huellas de grandes pies en la arena (seguramente no eran pies grandes, sino que estaban envueltos en pieles por el frío).

Pero, sin embargo, para Bruce Chatwin, autor de *Patagonia* (Londres, 1977), un libro de crónicas tan bellas como inescrupulosas, la palabra es usada en la novela de caballería *Primalción de Grecia*. La misma palabra -Patagón- señala a un monstruo con cabeza de perro, en el *Amadís de Gaula*, romance español del siglo XVI.

Guillermo Hudson nació en Quilmes y a los 33 años se radicó en Inglaterra, donde no hizo más que escribir sobre la Argentina y la Patagonia. Su aporte principal, tal vez, es haber llevado la ternura a nuestra literatura: su obra está llena de niños, de hombres duros que aflojan ante la muerte de un caballo y de gauchos que se emocionan al ver volar un pánadero de cardo: "De poder vivir sin agua, como los pocos animales que allí había, me hubiera convertido en un ermitaño feliz en la Patagonia", escribió el autor de *Allá lejos y hace tiempo*.

La Patagonia es el lugar admirado por los viajeros ingleses Francis Bon Head, Georges Musters y Olaf Stapledon quien, en *Last and First Men (Primera y última humanidad)*, imaginó un mundo agonizante que sobrevi-

vía fundando un imperio al sur de Bahía Blanca.

Es también una región de genocidios y de injusticias, que pueden ser sintetizadas por un párrafo de Osvaldo Bayer (*La Patagonia rebelde*): "En la estancia La Anita, frente al paisaje más maravilloso del mundo, se les iba a hacer clavar las guampas a los ácratas extranjeros y a los culos rotos chilenos. El 'ahoravan a ver' del comandante Varela se iba a cumplir con dureza. Porque un tiro en la cabeza no es labor de señoritas, hay que ensuciarse, hay que chapalear sangre caliente."

Y es una región de entrega y generosidad: el perito Francisco Moreno, que descubrió gran parte de ese territorio, escribió poco antes de morir: "Yo, que he dado 1800 leguas a mi patria, no dejo a mis hijos un metro de tierra en donde sepultar mis cenizas."

Hasta la misma palabra Patagonia se hunde en el origen de la literatura. Porque hemos aceptado que la usó por primera vez la tripulación de Hernando de Magallanes (1520).

Charles Baudelaire, que lo trajo al francés, veneraba a Edgar Allan Poe, al punto de rezar todas las noches por el alma del poeta y de escribir su biografía. En esa obra hizo referencia a los cuatro años (1825-1829) sobre los cuales no se tienen datos de Poe. Y creyó descubrir que el autor de "El Cuervo" se embarcó rumbo a los mares del sur americano. En *Las aventuras de Arthur Gordon Pym*,

La historia de una palabra

Los pueblos canoeros estuvieron en la Isla de los Estados y deambularon por toda la Patagonia austral. A pesar de que fueron ágrafos (que no leen ni escriben) se han recopilado más de 32 mil palabras en el diccionario yamana-inglés de Thomas Bridges, que convivió con los nativos en Puerto Harberton (Ushuaia).

En el idioma yamana (que poseía cinco términos distintos para decir lluvia), cada palabra variaba de sentido de acuerdo al sitio

en que se decía: no significaba lo mismo en una canoa que en el bosque, al mediodía que de noche o bajo la luna llena.

Cada cosa tenía una historia. El syuna, por ejemplo, es un pez con puas en la cabeza. Y los yamanas explicaban que, una muchacha, a punto de ahogarse, fue salvada por un lobo marino que la llevó hasta su caverna. Durante la convivencia, aprendió que el lobo era un buen marido: la llevaba a nadar y le traía peces muy sabrosos que,

como no había fuego, ella comía crudos.

Tuvieron un hijo, la madre, desde pequeño, le decía: "Amma sum undupa" (No comás carne de lobo).

Una vez ella se fue y, al volver, descubrió que el chico había comido carne de lobo, seguramente la de su padre. Furiosa, lo golpeó muy fuerte en la frente con un erizo, haciendo que su hijo cayera muerto al mar, renació de inmediato, pero convertido en el pez syuna, con pinches en la cabeza.

única novela de Poe, el protagonista viaja en un ballenero, sufre motines y termina naufragando en los hielos antárticos.

PATAGONIA. En el extremo sur de la patria, la literatura se despoja de su carácter de libro y es tan bellamente engeguedora que hasta podría leerse con las manos. En sus islas, donde las mujeres kawesqar, para pescar, usaban sedales trenzados con sus propios cabellos, confluyeron pueblos originarios, presos, héroes, corsarios, escritores, naufragos y dementes.

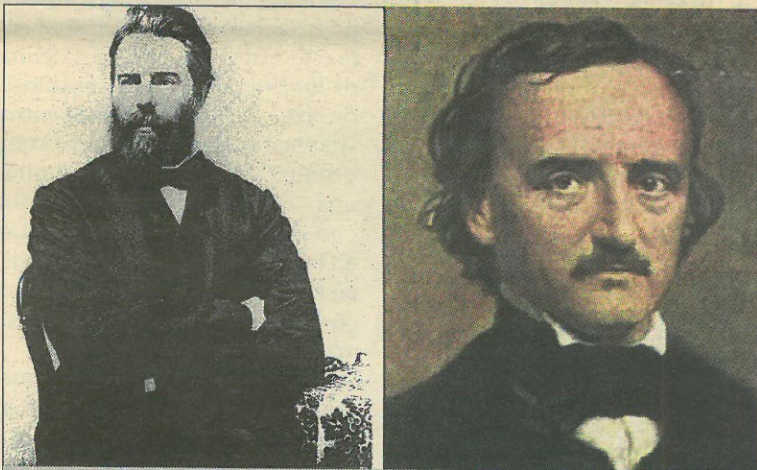
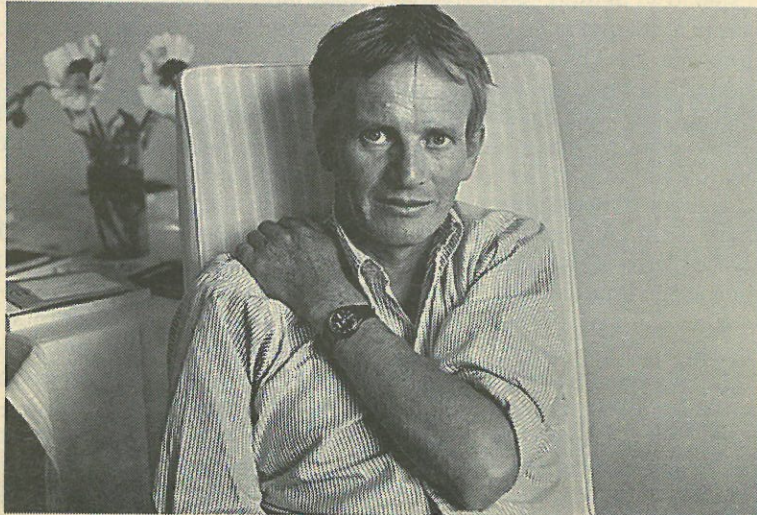
Escribió James Weddell (descubridor de las Islas Orcadas y del mar que lleva su apellido) que, al ver por primera a los nativos, un pastor descendió del barco, Biblia en mano. Y ante el asombro de los indios empezó a leerles un versículo en voz alta y ellos, lejos de huir, lo rodearon solemnes.

Hasta que en un momento un nativo se le acercó, le sacó el libro de las manos, se lo llevó a la oreja para escucharlo y, diciendo que no con la cabeza, se lo devolvió.

Pero si para unos pueblos la Isla de los Estados era Jáius, la empecinada soltera, para otros fueguinos era Chuani-sin (lugar donde abunda la comida) y pude verificar, de manera personal, la justicia de ese nombre.

Con el fallecido Aníbal Ford y el antropólogo Carlos Masotta, en el año 2000, descendimos en la isla para visitar el Faro del Fin del Mundo. El barco de la armada que nos había llevado debía volver en cuatro horas. Pasaron seis y, cuando tuvimos hambre, el marino que nos guiaba, se hundió en el océano helado (con su traje especial) y trajo unos mejillones gigantes y sanos (los asó allí mismo), pan de indio (hongo muy sabroso), apio austral (que rebosa de vitamina C) y frutitas del bosque (saben como cerezas).

Eso fue en San Juan de Salvamento, al noroeste de la isla, donde se encuentra una réplica del faro que inspiró la obra de Julio Verne (editada en 1905), aunque él nunca estuvo en la isla. La reconocida imaginación de Verne quiso puntualizar que el faro había sido creado por el capitán Lafayette, al mando de un buque de guerra argentino, y que (siempre en la novela) se mantuvo a cargo de tres fareros llamados Vázquez, Felipe y Moriz.



Amante del Sur - Bruce Chatwin, Herman Melville y Edgar Allan Poe.

Pero debe aclararse que el verdadero faro no es "una torre de 32 metros", sino una réplica de construcción octogonal, de madera, en cuyo interior encontramos un cuaderno en que cada uno de nosotros escribió un mensaje.

Después de rodear la isla y encontrar a cada paso huellas de naufragios, un melancólico

En el extremo sur de la patria la literatura se despoja de su carácter de libro y es tan bellamente engeguedora que hasta podría leerse con las manos.

atardecer descendimos en Puerto Cook, donde entre 1899 y 1902 estuvo el presidio, que luego se trasladó a Ushuaia.

Sobre una pared en ruinas, carcomido por el tiempo y la naturaleza, pudimos leer apenas un letrero, en varios idiomas: "Aviso: Se ruega a los señores naufragos u otros que usen esta casa, la

cuiden y gasten sólo los víveres necesarios para su sustento... 1º de enero de 1896."

Fue en ese lugar donde recibí, otra vez durante el viaje y en medio del rugido ensordecedor del viento, el recuerdo de uno de los poemas más hermosos de la lengua francesa: *El Cementerio Marino*, de Paul Valéry ("Entre pinos y tumbas, el mar, que siempre recomienza"). Porque frente a la costa, bajo el viento antártico, vimos los restos de un cementerio, en cuyo frente había una escultura de bronce de la Virgen Stella Maris, patrona de los marinos.

Están allí los restos de presos y de guardias. La primera tumba es de un soldado llamado Carrasco, que en estado de ebriedad mató a un oficial, huyó en un motín, naufragó y murió.

Pero la más patética, rodeada por un breve cerco, es la del capitán Paine y su joven esposa. Naufragaron con el buque de pasajeros *Swanilda*, el 28 de marzo de 1910, cuando iban en viaje de bodas, y es por eso que la joven fue enterrada con su vestido de casamiento y todas sus joyas. ■

ALBATROS DE THATCHER

Samuel Shelvoche (*Viaje alrededor del mundo*) cuenta que, uno de sus hombres, cansado de que un hermoso albatros volase sobre la nave, lo mató brutalmente de un balazo.

La escena es evocada por Samuel Coleridge que, en un famoso poema, narra apiadado la historia y la culmina con estos versos: "Dios te salve viejo marino, que en nuestro barco se posó en nueve ocasiones."

Baudelaire, en *Las flores del mal*, y con el mismo tema, dice que algunos impiadosos marineros suelen matar a los albatros que los siguen y que, esa escena criminal, es similar a la que viven los poetas en un mundo mate-

rialista y sin alma: "El poeta es como esos príncipes del cielo, porque arrojado en el suelo, entre burlas y desterrado, sus alas de gigante le impiden caminar" ("El Albatros").

Hoy sabemos que, en 1982, también la televisión británica evocó el poema y al ave símbolo de la Patagonia. Un periodista dijo que, al ser hundido, el Crucero General Belgrano era inofensivo para un submarino atómico, y que además estaba fuera de la zona de exclusión y volviendo a puerto.

Para terminar, el locutor recurrió a la siguiente metáfora: "El Crucero Belgrano es el albatros de Mrs. Thatcher."

